

XXII

EN DONDE LA CASA POCA-ALEGRÍA Y COMPAÑÍA HONRA SU
RAZÓN SOCIAL

Ya era hora que los tres vendeanos se alejasen de las orillas del estanque, pues las llamas se acercaban á él con prodigiosa rapidez, y cual vistosas aves de dorado y purpúreo plumaje volaban rasando la florida cima de las aliagas, cual si antes de consumirlas hasta la raíz sólo hubiesen querido chamuscar sus tallos.

El rumor del fuego, semejante al sordo rugido del océano, aumentaba por grados en torno de los tres fugitivos, en tanto que el humo iba haciéndose á cada momento más espeso y sofocante; pero las nervudas piernas de Juan Oullier y Polilla corrían más que el incendio y tardaron poco en dejarlo muy atrás.

Tomaron entonces á la izquierda, y llegaron á un punto del valle donde estaban casi libres de las espesas nubes que tanto les habían servido para ocultar su número y la dirección que seguían, así como la acertada estratagema merced á la cual Berta y Michel se hallaban en seguridad.

—Agachémonos, Polilla, dijo Oullier; conviene que los soldados no nos vean hasta que sepamos qué hacen y adónde se dirigen.

Agachóse el mendigo obedeciendo esa insinuación, y bien pudo felicitarse de ello, pues apenas acababa de ocultarse cuando por encima de su cabeza silbó una bala que de seguro habría recibido en medio del pecho á no adoptar esta precaución.

—¡Cáscaras! dijo Poca-Alegría: el consejo ha sido tan breve como bueno.—Han adivinado nuestro ardid, dijo Juan Oullier, y nos cercan, á lo menos por este lado.

Veíase en efecto una larga fila de soldados á cien pasos

uno de otro, que empezando en las drúidicas piedras ocupaba una extensión de media legua esperando que reaparecieran los vendeanos, como acechan los ojeadores la aparición de la caza.

—¡Tomamos las de villadiego? preguntó Poca-Alegría.—Sí; mas deja que les cause alguna baja.

Y sin dejar su posición horizontal, hizo fuego sobre el soldado que había disparado y estaba cargando, el cual recibió la bala en medio del pecho, cayendo de bruces, en tanto que Oullier apuntaba de nuevo con tanta calma como si cazara perdices: salió el tiro y cayó otro soldado.

—¡Y van dos! exclamó Poca-Alegría. ¡Bravo, bravo!—Adelante, adelante, dijo su compañero levantándose con la agilidad de una pantera; apartémonos un poco, porque van á llover balas.

No se había equivocado el vendeano, pues á poco espacio se oyeron siete ú ocho estampidos sucesivos, y un proyectil fué á dar en la clava que Polilla llevaba en la mano. Felizmente los soldados que de distintos puntos acudían al ver caer á sus camaradas, llegaban sin aliento, y disparaban con pulso inseguro; mas por eso no dejaban de cerrar el paso, y no era probable que Oullier y sus compañeros pudiesen atravesar aquella línea sin trabar con ellos una lucha á brazo partido. En efecto, cuando aquel se disponía á saltar un barranquillo, vió que al opuesto lado se alzaba un soldado que le esperaba con la bayoneta calada. La celeridad de su carrera no había permitido á Oullier cargar de nuevo el fusil; mas al ver que su adversario se limitaba á amenazarle con la bayoneta, calculó que probablemente se encontraba en el mismo caso, y como se trataba por el momento de jugar el todo por el todo, tiró de la navaja, púsosela en la boca, y siguió avanzando á todo correr. Al llegar á dos pasos del barranco, detúvose de pronto y apuntó al soldado cuyo pecho apenas distaba seis piés del fusil. Entonces sucedió lo que Oullier había previsto: creyendo su enemigo que el arma estaba cargada, tiróse al suelo, é instantáneamente saltó Juan la quebrada como si en nada hubiese disminuído su vigor la evolución que acababa de hacer, pasando por encima del soldado rápido como una exhalación. Polilla por su parte había atravesado felizmente la línea, salvo una leve lesión que en el hombro le causó una bala. Los dos fugitivos huyeron diagonalmente,

el uno por la derecha y el otro por la izquierda, de modo que debían juntarse al extremo del ángulo. Al cabo de cinco minutos se encontraban ya al alcance de la voz.

—¿Cómo va eso? preguntó Oullier.—Perfectamente, contestó Poca-Alegría; dentro de veinte minutos, si alguna bala de esos tunantes no nos lo impide, habremos salido del erial, y una vez hayamos pasado el primer valladar, trabajo les mando para cogernos. Mala idea hemos tenido de venir aquí.—Sin embargo, los muchachos están mucho más seguros que en la selva más espesa. ¿Estás herido?—No; ¿y tú, Polilla? me parece haber sentido un estremecimiento en tu cuerpo.

Enseñó el coloso la mella que el balazo había hecho en su maza, mostrándose más pesaroso del detrimento que esta había sufrido que del experimentado por su vestido y su músculo deltoides.

—¡Magnífico! exclamó Poca-Alegría, ahí están los campos.

En efecto, á unos mil pasos de los fugitivos y al extremo de una cuestecilla asomaban las mieses sus doradas espigas, ondulando suavemente á merced del viento.

—Paréceme, dijo Poca-Alegría conociendo que Polilla empezaba á cansarse, que deberíamos detenernos un poco para respirar.—Enhorabuena, dijo Oullier; entretanto volveré á cargar el fusil: vé lo que pasa.

Hízolo su compañero, y mientras Oullier atacaba la segunda bala, exclamó:

—¡Rayos y truenos!—¿Qué sucede? preguntó Juan.—En marcha, ¡voto á mil bombas! en marcha, nada veo; pero acabo de oír un ruido que no es de muy buen agüero.—¡Hola! dijo Oullier, ¿con que va á hacernos el honor de cargarnos la caballería? ¡Alerta! ¡alerta, holgazán! añadió luego dirigiéndose á Polilla.

Así para aliviar sus pulmones como para responder á este llamamiento, lanzó el mendigo una especie de mugido que hubiera envidiado el toro más fuerte del departamento, y de un brinco saltó un peñasco que le obstruía el paso, deteniéndole un quejido de Oullier.

—¿Qué tienes? preguntó el bodegonero al ver que acababa de hacer alto apoyándose en el fusil y con la pierna al aire.—Nada, dijo Oullier, no os inquietéis por mí.

Quiso andar otra vez, y exhalando un doloroso grito vióse obligado á sentarse.

—¡Diantrel dijo Poca-Alegría, no podemos irnos sin tí. ¿Qué tienes?—Nada, repito.—¿Estás herido?—¡Cáspita! exclamó Oullier; buena falta nos hace el cirujano de Montbert.—¿Qué dices?—Que he metido el pié en un agujero y me lo he descoyuntado de manera que no puedo dar un paso.—Polilla te llevará sobre un hombro, y á mí sobre otro.—No puede ser; de este modo nunca llegaríamos á las cercas.—Si te dejamos te matarán.—Podría ser, dijo el vendeano, pero antes caerán algunos; si quieres convencerte de ello, mira: ¿ves aquel que baja del cerro?

En efecto, en la cima de un collado que se alzaba á un tiro de piedra de los fugitivos aparecía un sargento de cazadores que sin duda por ir mejor montado se había adelantado á los demás. Apuntóle Oullier, disparó, y abriendo los brazos el sargento, cayó de espaldas. El vendeano volvió en seguida á cargar el fusil y Alain le preguntó:

—¿De veras no puedes andar?—No creo que pueda dar más de quince pasos, y aun cojeando.—Si es así, alto, Polilla.—Nada de locuras.—No, donde tú mueras moriremos nosotros; pero como poco há dijiste, antes morderán el polvo algunos.—No, Poca-Alegría; conviene que vivas para velar por los que hemos dejado en el islote.... ¿Qué diantre estás haciendo, Polilla? preguntó al observar que éste había bajado á una zanja y levantaba una grandísima peña.—Déjale, dijo Alain, ya sabe lo que se hace.—Aquí, aquí, gritó el mendigo señalando una pequeña excavación que las aguas habían abierto bajo la piedra.—Toma, es verdad, hoy está más ladino que un mono. Anda, métete ahí, Oullier, aprisa, no hay que perder un momento.

Llegóse Juan á la zanja, metióse en ella, y Polilla volvió en seguida á colocar la piedra en su primitivo estado, de manera que pudiese penetrar en el interior la luz y el aire, para que el que allí acababa de ocultarse no se encontrara sepultado en vida. Casi inmediatamente aparecieron en la cumbre algunos jinetes, y al notar que el sargento había muerto cargaron con furor á los fugitivos.

Sin embargo, quedaba todavía una esperanza, pues á cincuenta pasos de Polilla y su compañero estaba un vallado á la otra parte del cual se hallarían ya en salvo, con tanta mayor razón, cuanto que al parecer la infantería había ya cesado de perseguirles. De pronto oyó Poca-Alegría los cascos de un caballo que les perseguía muy de cerca, y sintió

en las espaldas su ardiente hálito. Era un teniente que llevaba alguna ventaja á sus camaradas y que alzándose sobre los estribos, dió tal cuchillada al lisiado, que sin duda le habría hendido la cabeza, si aquel no hubiese tenido la precaución de recoger las riendas y no hubiese ladeado el caballo á la izquierda, en tanto que Polilla saltaba instintivamente hacia la derecha, lo cual hizo errar el golpe.

—¡De frente! gritó Poca-Alegría á Polilla.

Obedeció éste como al impulso de un resorte; pasó el caballo rozándole con el pecho, y disparando Poca-Alegría el fusil, mató al jinete.

—Uno, dijo Polilla en quien la inminencia del peligro acababa de desarrollar una desusada locuacidad.

Duró este episodio un minuto, durante el cual los otros jinetes habían ido acercándose á los vendeanos, quienes percibieron entre el ruido de los cascos el de los muelles de las carabinas y pistolas que para ellos se amartillaban. Bastaronle á Poca-Alegría dos segundos para sacar partido de los recursos que podía ofrecerle el sitio en que se encontraba.

Habían llegado á un extremo del páramo de Bouaimé y á pocos pasos de una encrucijada de la cual partían diferentes caminos. Está tenía, como todas las encrucijadas vendeanas y bretonas, una cruz de piedra medio rota, cuya base podía proporcionar un abrigo que muy pronto sería insuficiente. Aunque á la derecha estaban los primeros vallados de los campos, no había que pensar en ellos, pues tres ó cuatro soldados les cerraban el paso por aquella parte. A la izquierda corría el Maine, formando en aquel punto un recodo; mas el río tampoco podía ofrecer un refugio, pues en la opuesta orilla se levantaban gigantescos peñascos cortados á pico, y antes de encontrar un vado para salir del agua, los dos vendeanos habrían sido acribillados á balazos. Hechas rápidamente estas reflexiones, Poca-Alegría optó por la cruz, y mandó á Polilla que se dirigiera á ella.

Cuando la rodeaba éste para resguardarse de los tiros, una bala fué á dar en el improvisado parapeto hiriendo de rebote la mejilla de Poca-Alegría, quien sin embargo contestó con otro tiro. Desgraciadamente la sangre que manaba de la herida cayó en las manos de su compañero, y lanzando este un rugido como si sólo fuese sensible al mal de su amigo, apartóse de la cruz, y arremetió á los soldados cual jabalí que acomete á los cazadores. Viéronse al momento

cercados, alzáronse diez sables sobre sus cabezas, diez pistolas les apuntaron, y un gendarme alargó la mano para asir á Poca-Alegría. Blandió entonces Polilla la clava y rompió con ella la pierna del gendarme, quien profirió un grito terrible cayendo de caballo, en tanto que este se escapaba á galope tendido por la llanura. Estallaron diez detonaciones; el mendigo recibió un balazo en el pecho, y el brazo izquierdo de Alain cayó inerte roto en dos partes. A pesar de todo, el mendigo parecía insensible é hizo con su maza un molinete que rompió dos ó tres sables apartando á los demás.

—¡A la cruz, á la cruz! gritó Poca-Alegría; allí debemos morir.—Sí, contestó Polilla con voz sorda oyendo que su amigo hablaba de la muerte; y levantando la clava descargó tan fuerte golpe en la cabeza de un cazador, que le derribó del caballo.

Ejecutando en seguida la orden que acababa de recibir, dirigióse retrocediendo hacia la cruz.

—¡Voto al diablo! exclamó un cabo: perdemos mucho tiempo, mucha gente y mucha pólvora para acabar con un par de mendigos.

Hizo dar al caballo un salto prodigioso el cual chocó con el pecho de Polilla, quien con la violencia del golpe cayó de rodillas, y aprovechando el jinete esta coyuntura, hendió de una cuchillada el cráneo de Poca-Alegría.—Déjame al pie de la cruz, y huye si puedes, dijo éste con voz desfallecida: todo acabó para mí.

Y en seguida empezó á rezar la oración: Dios mío, recíbid mi alma....

Pero el gigante no le escuchaba; ebrio de sangre y loco de furor, lanzaba roncós é inarticulados gritos como el león acosado de cerca; sus ojos, de ordinario fijos y empañados, centelleaban; sus crispados labios descubrían una dentadura apretada y amenazadora, capaz de destrozar un tigre. El empuje del caballo había arrastrado algo lejos al jinete que había herido á su compañero, y no pudiendo Polilla alcanzarle, hizo voltear la clava, midió con la vista la distancia, y arrojóla con tanta violencia como lo hubiera hecho una catapulta. El jinete encabritó el caballo para evitar el golpe; pero el animal le recibió en la cabeza y cayó hacia atrás, rodando por el suelo caballo y caballero.

Lanzó el mendigo un grito de júbilo más terrible que si

hubiese sido de dolor al ver que la pierna del jinete había quedado cogida bajo su montura; arremetiéndole, paró la cuchillada que le tendió su enemigo, asíole de una pierna, y haciéndole voltear en el aire como pudiera hacerlo un niño con su honda, aplastóle la cabeza contra la cruz. La bizantina piedra vaciló en su base y se inclinó teñida en sangre.

Toda la partida prorrumpió en un grito de horror y de venganza; sin embargo, como aquella muestra de la prodigiosa fuerza de Polilla les había quitado las ganas de acercársele, los soldados cargaron las armas.

En tanto exhalaba Poca-Alegría el último suspiro diciendo en alta voz:

—¡Amén!

Viendo entonces Polilla que su querido amo había muerto, cual si nada le importasen los preparativos que estaban haciendo los cazadores, sentóse al pié de la cruz, desató el cuerpo de su amigo, tomóle en brazos, y contemplando su rostro lívido, con la manga le enjugaba la sangre, vertiendo abundantes lágrimas, quizás las primeras que en su vida había derramado.

Una gran detonación, dos nuevas heridas, el ruido sordo de tres ó cuatro balazos que penetraron en el cadáver que Polilla tenía estrechamente abrazado le arrancaron de su dolor é inmovilidad. Irguióse cuan alto era, y creyendo los cazadores al ver este movimiento que les iba á embestir, recogieron las bridas de sus caballos y un repentino estremecimiento recorrió sus filas. Mas el mendigo ni les miró siquiera, pues su única idea era no separarse de los inanimados restos de su amigo, para lo cual se dirigió hacia el Maine, considerándole sin duda un lugar muy á propósito para su intento.

Derecho y con paso firme andaba el mendigo á pesar de sus cinco ó seis heridas, de las cuales manaba copiosa sangre regando el espacio que recorría; llegó á la orilla del río sin que á ningún soldado le ocurriese la idea de impedirle, detúvose en un sitio donde el ribazo dominaba una agua negra y tranquila, indicios de su mucha profundidad, abrazó estrechamente el cadáver de su compañero, y reuniendo todas sus fuerzas, arrojóse al río sin decir palabra.

Oyóse un grandísimo estrépito, hirvió espumeante el agua, y en seguida volvió á recobrar su calma anterior for-

mando en torno del paraje por donde había desaparecido el pordiosero una multitud de anchos círculos que iban á estrellarse en las riberas.

Acudieron los soldados creyendo que el vendeano se había arrojado al Maine con intento de ganar la opuesta orilla, y esperaban con las armas preparadas que sacase la cabeza para respirar; pero aquel no pareció más: su alma había ido á reunirse á la del único sér á quien había amado en la tierra, y sus cuerpos descansaban blandamente en el fondo del Maine, sobre un lecho de verdes y movedizas algas, sitio al cual llaman los aldeanos el abismo, porque no conocen su fondo.

XXIII

LOS SOCORROS VIENEN DE DONDE MENOS SE ESPERAN

Durante la semana que acababa de trascurrir Courtin había permanecido quieto y tranquilo detrás de las paredes del cortijo de la Logerie.

A fuer de diplomático sentía poquíssimas simpatías por la guerra, y calculando muy razonablemente que el tiempo de los sablazos y de los tiros pasaría muy pronto, su mayor, por no decir su único conato, era conservar su cuerpo ágil y robusto para obrar en pró de su causa y de sí mismo, según los débiles recursos que á la naturaleza debía.

Por otra parte, no dejaban de alarmarle las consecuencias que podía tener el papel que representó en el arresto de Juan Oullier y en la muerte de Bonneville, y creía con razón que cuando tantas armas salían al campo en defensa y apoyo de tantos odios y opiniones diversas, no era prudente salirles al encuentro.

Tanto le preocupaban estas ideas, que hasta su amo el barón Michel, á pesar de su carácter apacible é inofensivo,

le intimidaba desde la noche aquella en que le cortó la cincha del caballo, y al día siguiente en que hizo esta hazaña metióse en cama, pareciéndole que el mejor medio de evitar la muerte era pasar por casi difunto, haciendo cundir la voz por los alrededores de que le había atacado una calentura maligna como la que había llevado al sepulcro al pobre Tinguay.

Sucedió entonces que la señora de la Logerie, inquieta y pesarosa de la larga y extraña ausencia de su hijo, llamó dos veces al colono, y como la enfermedad de éste paralizaba sus buenos deseos, la altiva baronesa, impulsada por la inquietud, fué en persona á visitar al labriego. Díjole haber oído que acababan de prender á Michel; que partía para Nantes con objeto de emplear todo su valimiento para liberarle, y toda su autoridad para llevárselo consigo, pues de todos modos no contaba ya volver á la Logerie por parecerle sitio muy peligroso en tan críticas circunstancias, y había ido á casa de Courtin para encomendarle la vigilancia durante su ausencia.

Prometió el colono acceder á sus deseos con acento tan triste y bondadoso, que la baronesa salió del cortijo animada de excelentes sentimientos hacia él, y compadeciéndole de todo corazón.

Tuvieron lugar más tarde los combates del Chene y de la Pénissiere, y al oír el colono los tiros desde su habitación, aumentó singularmente su sobresalto y llegaron al colmo los recelos que le atormentaban; bien que al saber el resultado de aquellos encuentros, se levantó de la cama curada del todo su dolencia.

En tanto fué así, que desoyendo al día siguiente los prudentes consejos de su criada, partió para Montaigu, cabeza de su distrito, á fin de ponerse á las órdenes del subprefecto y preguntarle cuál debía ser en lo sucesivo su conducta.

El buitre había olido la carnicería y reclamaba su parte de presa.

Al llegar á Montaigu supo Courtin que había hecho el viaje en balde, pues la autoridad militar acababa de tomar el mando del departamento; y en consecuencia, manifestóle el subprefecto que debía dirigirse á Aigrefeuille, para recibir instrucciones del general que allí se encontraba.

Trafale á éste muy preocupado el movimiento de una columna, y como á fuer de valiente y honrado militar miraba

con suma repugnancia á los entes bajos y miserables como Courtin, escuchó muy distraído las denuncias que éste creyó oportuno hacer á guisa de informes, y tratóle con tal frialdad que el alcalde de la Logerie quedó mohino y confuso.

Sin embargo, aceptó el general la proposición que Courtin le hizo de colocar un destacamento en el castillo, pareciéndole éste un buen punto para dominar aquella comarca desde Machecul á Saint-Colombin.

El cielo debía al colono una compensación de la poca simpatía que el general le había mostrado, y como se ve, su justicia no se la hizo esperar.

Al trasponer Courtin los umbrales de la casa trasformada por las circunstancias en cuartel general, salióle al encuentro un personaje para él desconocido, y que sin embargo le trató con exquisita cortesía y afectuosa obsequiosidad.

Era el tal un hombre que frisaba con los treinta años, y vestía un traje completamente negro, cuyo corte se asemejaba bastante al de los que usan los clérigos de las ciudades. Su frente era estrecha, su nariz encorvada como el pico de las aves de rapina, labios delgados y muy salientes á causa de la conformación especial de las mandíbulas, barba puntiaguda, pelo negro y pegado á las sienes, y ojillos grises que sin cesar pestañeaban.

Bastóle al desconocido decir á Courtin cuatro palabras en voz baja para que éste depusiera al parecer todo recelo; por manera que sin hacerse de rogar aceptó una comida que le ofreció el incógnito en el mesón de San Pedro, donde pasaron dos horas en tan amistoso coloquio, que desarrollando la simpatía en sus corazones, acabaron por tratarse como antiguos camaradas; y al salir, después de darse grandes y cordiales apretones de manos, el alcalde de la Logerie se puso en camino renovando á su compañero la promesa de que no pasaría mucho tiempo sin recibir noticias suyas.

A eso de las nueve de la noche andaba Courtin con la cabeza de su cabalgadura mirando á la Logerie y vuelta la grupa á Aigrefeuille, y henchido de regocijo aguijaba de continuo al jaco con un desembarazo y travesura en él poco comunes.

Era indudable que por la mente del alcalde cruzaban ideas de color de rosa. Desde luego halagábale la idea de que el día siguiente al despertar tendría á un tiro de fusil del cortijo cincuenta soldados que no podían venir en ocasión más

oportuna, pues semejante vecindad le quitaba toda inquietud, no sólo acerca de las consecuencias que podían tener sus actos pasados, sino además por las de sus acciones futuras, pensando que atendido su cargo de alcalde tal vez dispondría de aquella fuerza para satisfacer sus odios particulares, lo cual lisonjeara sus rencores al par que su amor propio.

Sin embargo, por seductora que fuese la perspectiva de esa guardia pretoriana, que podía ser suya valiéndose de su maña y destreza habituales, esta idea no era bastante por sí sola para comunicar un gozo tan expansivo á un hombre tan positivo como Courtin.

De seguro que el desconocido había hecho brillar á sus ojos algo más que el resplandor de una gloria pasajera, y en efecto, Courtin veía al través de las nieblas del porvenir rutilantes cascadas de oro y plata hacia las cuales tendía maquinalmente las manos, en tanto que le contraía los labios la sonrisa de la codicia.

Así andaba el colono entregado á tan deleitosas ilusiones, con el cerebro entorpecido por los vapores del vino con que el desconocido le había regalado el paladar con insólita esplendidez; y tanto se dejó llevar por los ensueños que embargaban su mente, que se apoderó de él un sopor invencible, empezando su cuerpo á columpiarse siguiendo los movimientos que le comunicaba la caprichosa andadura del jaco. De pronto tropezando éste en una piedra, cayó Courtin hacia delante, y quedó con el cuerpo doblado y sobre el pomo de la silla.

No obstante lo incómodo de la postura, no hizo el colono ningún esfuerzo para salir de ella. Cabalmente en aquel momento embargaba su imaginación un sueño tan delicioso que por nada del mundo hubiera querido despertarse.

Parecía que su amo el barón extendía la mano sobre la hacienda de la Logerie, diciendo:

—¡Todo esto es tuyo!

Y este presente era mucho mayor de lo que á primera vista parecía, pues Courtin contemplaba deslumbrado un inagotable y prodigioso manantial de riquezas.

Los manzanos del verjel estaban cargados de frutos de oro y plata, y todos los varales del país no bastaban para apuntalar las ramas que se doblaban amenazando romperse bajo su peso.

Los rosales silvestres y los escaramujos, en lugar de sus bayas encarnadas y negras, ostentaban piedras preciosas de todos colores que brillaban á los rayos del sol como carbunclos, y abundaban tanto, que á pesar de estar bien convencido de que eran riquísimas, Courtin veía sin enojo á un pilluelo que se llenaba de ellas los bolsillos.

Entraba luego en el establo y veía una larguísima fila de vacas que se dilataba hasta perderse de vista, de manera que mientras la más próxima á la puerta le parecía del tamaño de un elefante, la última apenas podía distinguirse.

Junto á las vacas había una porción de muchachas que las ordeñaban, asemejándose exactamente las dos primeras á las dos Lobas, á las dos hijas del marqués de Souday.

Bajo sus dedos y de la ubre de las dos primeras vacas manaba un líquido alternativamente blanco y amarillo, y siempre brillante como metal fundido.

Al caer este líquido en las vasijas que las muchachas tenían en la mano, producía el rumor, para él sobre toda ponderación deleitoso, de una cascada de monedas de oro y plata, y al bajarse para mirar lo que en el fondo había, vio que de ellas rebosaba el dinero.

Tendía las manos codicioso para apoderarse de aquellas riquezas, cuando súbitamente le arrancaron de su extático arrobamiento una fuerte sacudida y un angustioso quejido.

Abrió los ojos el colono, miró en derredor, y vio en la oscuridad á una aldeana con el semblante y el vestido descompuestos, desmelenado el cabello, que le tendía las suplicantes manos.

Miróla Courtin de hito en hito, levantó el palo con aire amenazador, y con voz robusta y avinagrado gesto la dijo:

—¿Qué queréis?—Que me prestéis ayuda, buen hombre, contestó la aldeana, os lo pido por el amor de Dios.

Viendo Courtin que era una débil mujer quien imploraba su auxilio, recobró al momento su tranquilidad de espíritu, y ya sereno la dijo:

—¿Sabéis, buena mujer, que es un delito detener á la gente en mitad del camino para pedirles limosna?—Quién os habla de limosna? replicó la desconocida con un acento cuya altivez dejó sorprendido al alcalde. Sólo os ruego que me ayudéis á socorrer á un infeliz que está muriéndose de hambre y de fatiga, y me prestéis el caballo para llevarle á algún cortijo de estas cercanías.—¿Y quién es el hombre á

quien se trata de auxiliar?—Paréceme adivinar por vuestro traje que sois campesino, y del país; por lo tanto no vacilaré en decíroslo, pues estoy segura de que, aunque no fueseis de los nuestros, seriais incapaz de hacernos traición: es un oficial realista.

Excitada la curiosidad del colono por el timbre de la voz de la desconocida, hacía vanos esfuerzos para sondear las tinieblas, y viendo la ineficacia de sus tentativas, resolvió salir de dudas á toda costa, preguntándola:

—¿Quién sois?—¿Qué os importa? respondió la aldeana. —Me importa mucho saber á quién presto mi cabalgadura. —Está de Dios que he de tener esta noche muy negra fortuna, dijo la desconocida; vuestra pregunta me prueba que he hecho mal en dirigirme á vos como á un enemigo leal, y que por consiguiente me será preciso valerme de otros recursos. Entregadme el caballo al momento. —Lo decís en un tono... —Os doy dos minutos para reflexionar. —¿Y si pasado este tiempo me niego á complaceros? —Os haría saltar la tapa de los sesos, contestó la aldeana apuntándole una pistola para probarle que era tan capaz de hacerlo como de decirlo. —Está bien, respondió Courtin; en esta acción os conozco como si os hubiese visto: sois la señorita de Souday.

Y sin añadir palabra echó pié á tierra.

—Corriente, dijo Berta, pues ella era en efecto; decidme cómo os llamáis y mañana se os devolverá el caballo. —He adivinado que la persona á quien queréis socorrer es el dueño del cortijo que tengo arrendado. —¿Cómo se llama? —El señor Michel de la Logerie. —¡Ah! ¿sois su colono? Mejor que mejor, nos daréis un asilo en vuestra casa. —Sí, pero.... Habéis de saber que yo soy alcalde, y.... dijo balbuciendo Courtin.

Dábale muy mala espina la idea de encontrarse frente al baroncito, y alarmábase sobre todo la de que cuando éste y Berta se hallasen en su casa Juan Oullier no dejaría de ir á ella.

—¿Teméis comprometeros por vuestro amo? dijo Berta con menosprecio. —No lo creáis; muy al contrario, estoy dispuesto á derramar por él toda mi sangre; mas dentro de poco tendremos en el castillo de la Logerie una buena compañía de soldados. —Mejor: nadie sospechará que un vendeano haya ido á refugiarse cerca de sus enemigos. —Paréceme, sin embargo, y lo digo en bien del señor barón, que

Juan Oullier podría encontraros un albergue más seguro que mi casa, donde los soldados estarán entrando y saliendo como en la suya. —¡Ay! mucho me temo que la lealtad de Juan Oullier á estas horas sea del todo inútil á sus amigos. —¿Qué estáis diciendo? —Esta madrugada hemos oído muchos tiros hacia el erial, y á pesar de que según sus instrucciones no nos hemos movido de nuestro sitio, en vano le hemos esperado. De seguro ha muerto ó ha caído prisionero, pues Juan Oullier es incapaz de abandonar á sus amigos.

A ser de día, difícil le hubiera sido á Courtin disimular el júbilo que le causaba esta noticia, la cual desvanecía los temores que más cruelmente le atormentaban; pero si no era dueño de su fisonomía, éralo por lo menos de sus palabras, y al oír las que Berta conmovida acababa de pronunciar, respondió con una interjección tan lastimera que bastó para reconciliarle algún tanto con la doncella, la cual dijo:

—Apretemos el paso. —Como queráis.... ¡Diantre! Aquí todo huele á chamusquina! —Como que han pegado fuego á las zarzas. —Extraño que el señor barón haya salido ileso del incendio, pues este corría hacia donde él se encuentra. —Juan Oullier nos había llevado á los juncales del estanque de la Frémuse. —Hé ahí porqué al asiros del brazo cuando tropezasteis os hallé empapada en agua. —En efecto, al ver que Oullier no volvía, atravesé el estanque para ir á pedir auxilio, y no hallando á nadie, volví al islote, echéme á Michel á cuestras y trasladéle á la orilla, creyendo poder llevarle así hasta la primera casa; mas no tuve fuerzas, y dejéle sobre la yerba para venir sola al camino. Hace veinte y cuatro horas que no hemos comido. —¡Caramba! Sois una joya, hermosa niña, dijo Courtin, quien ignorando la cara que le pondría su amo deseaba congraciarse con la señorita de Souday. Os digo que son muy raros estos ejemplos, y que vos sois digna de hacer feliz al señor barón. —¿Acaso mi vida no le pertenece? preguntó Berta. —Sí, dijo enfáticamente Courtin; pero estoy pronto á juraros ante Dios que nadie entiende como vos el deber de sacrificar la existencia por.... Pero calmáos, y no andéis tan aprisa. —Sí, pues sufre y estoy segura de que me llama si ha vuelto de su desmayo. —¡Estaba desmayado! exclamó Courtin viendo en esta circunstancia una probabilidad de evitar una explicación inmediata. —Sí, ¡pobre mozo! está herido. —¡Herido! ¡Dios mío! —Con su complexión débil y en extremo

delicada ha estado veinte y cuatro horas sin recibir más que auxilios casi inútiles.—¡Cielos!—Todo el día ha estado expuesto á los ardorosos rayos del sol entre los juncales; y como esta noche, á pesar de todas mis precauciones, se ha mojado sobremanera, está aterido de frío....—¡Virgen santa!—¡Ah! si le sucediese alguna desgracia, consagraría toda mi existencia á expiar la falta de haberle expuesto á tantos peligros sabiendo cuán poco podía resistirlos, exclamó Berta.

Y al decir estas palabras, toda su pasión política se desvanecía ante los tormentos que experimentaba al contemplar la dolorosa situación del baroncito.

Tocante á Courtin, la noticia de que su amo se hallaba en un estado que debía privarle del uso de la palabra, parecía haber doblado la longitud de sus piernas. Berta no necesitaba estimularle, pues iba siempre á su lado y tirando de la brida con todas sus fuerzas para obligar al jaco á seguirles mal de su grado con desusada ligereza.

Alegrábase también al colono la nueva de la desaparición de Juan Oullier, y ocupábase durante el camino en forjar pretextos á fin de cohonestar su conducta á los ojos del barón, para llegar fácilmente á un arreglo.

Poco tardaron Berta y Courtin en llegar al sitio donde estaba Michel, y encontráronle apoyado de espaldas en una piedra, con la cabeza sobre el pecho, y si no del todo desmayado, aletargado por lo menos por aquella postración general que entorpece los sentidos, que no observan sino de un modo confuso cuanto pasa á su alrededor. Por lo tanto no reparó en Courtin, y cuando éste ayudado de Berta le montó á caballo, el mancebo maquinalmente estrechó del mismo modo la mano del alcalde que la de la doncella.

Montado ya el barón, Berta y el colono se colocaron á entrambos lados, y anduvieron sosteniéndole durante el camino, pues sin esta precaución de seguro se habría venido al suelo.

Así llegaron á la Logerie, donde Courtin llamó en seguida á su criada asegurando á Berta que podía fiar de ella como de todas las aldeanas del *Bocage*; quitó de su cama el único colchón que había en la casa, y colocó el mancebo en un camaranchón situado debajo de su aposento, acompañando sus acciones con tales protestas y señales de celo y abnegación, que Berta acabó por arrepentirse del juicio que de él había formado al detenerle en el camino.

Vendada la herida de Michel y tendido éste en el improvisado lecho, Berta fué á tenderse en la cama de la criada para dar á su cuerpo el corto descanso que imperiosamente reclamaba.

En cuanto se vió solo Courtin, restregóse alegre las manos, pensando en lo provechosa que era aquella noche.

Hasta entonces había empleado en vano la violencia para el logro de sus fines, y lisonjeábase de que en lo sucesivo debían reportarle grandes beneficios la suavidad y la astucia, pues no sólo acababa de penetrar en el campo enemigo, sino que lo había traído á su casa, y ninguna duda le quedaba de que gracias á esta singular y dichosa combinación no tardaría en poseer todos los secretos de los blancos, y sobre todo los que atañían á Petit-Pierre.

Acordóse de las recomendaciones que el desconocido le había hecho en Aigrefeuille, siendo la principal la de avisarle directamente si conseguía descubrir el paradero de la heroína de la Vendée, sin comunicarlo á los generales, que sobre ser personas poco aficionadas á los arduos diplomáticos, eran ineptos para las grandes maquinaciones políticas.

Pareciéndole que por conducto de Berta y Michel lograría su objeto, comenzó á creer que no todos los sueños eran puras ilusiones, y que merced á los dos jóvenes con facilidad podía subir al pináculo de las riquezas que apetecía.

XXIV

EN NANTES

Desde la tarde en que Berta salió del Moulin-Jacques manifestando á su hermana su determinación de buscar á Michel, Mary no sabía lo que de ella había sido, y fluctuaba en un mar de conjeturas.

Michel podía haber hecho alguna revelación; Berta desesperada podía haber ejecutado algún acto funesto; el pobre